

PENSAMIENTO FEMINISTA Y POLÍTICA TRANSFORMADORA. UNA APROXIMACIÓN¹

Silvia L. Gil

Universidad Iberoamericana (CDMX)

silvia.lgil@ibero.mx

RESUMEN

El pensamiento feminista y, en particular, la teoría de género son herramientas privilegiadas para dar cuenta de las imbricaciones entre subjetividad, economía simbólica y violencia en el poder contemporáneo. Las aportaciones de pensadoras como Joan Scott, Teresa de Lauretis, Donna Haraway y, de manera destacada, Judith Butler contribuyen especialmente a analizar la compleja realidad que habitamos, en la medida en que desarrollan una mirada atenta a las diferencias y crítica con el esquema de la diferencia sexual, defendido, entre otras, por Rosi Braidotti. El objetivo es proponer un cambio de paradigma que desplaza la política de la identidad hacia una política de lo común. La hipótesis es que este cambio de paradigma, que introduce una ontología de los cuerpos y de la interdependencia, es más adecuado a los desafíos de transformación actuales.

PALABRAS CLAVE: Pensamiento feminista, Teoría de Género, Materialismo, Ontología de los Cuerpos, Pensamiento político.

ABSTRACT

«An approach to the feminist thinking and political transformative practice». Feminist thought and, in particular, gender theory are privileged tools to account for the crosses that occur in the contemporary power between subjectivity, symbolic economy and violence. The contributions of thinkers such as Joan Scott, Teresa de Lauretis, Donna Haraway and, notably, Judith Butler, contribute especially to analyze the complex reality that we lived, in the measure they develop a careful look at the differences and criticism with the scheme of the sexual difference, defended, among others, by Rosi Braidotti. The objective is to propose a paradigm that shifts the politics of identity towards a politics of the common. The hypothesis is that this new paradigm, which includes an ontology of bodies and interdependence, is more suited to today's transformational challenges.

KEYWORDS: Feminist thinking, Theory of Gender, Materialism, Ontology of the Bodies, Political thinking.



1. INTRODUCCIÓN. VIOLENTAR LA DIFERENCIA. LÓGICAS DEL PODER

Las nociones de «progreso», «desarrollo» y «bienestar» que han vertebrado las sociedades capitalistas occidentales deben comprenderse dentro de un determinado desarrollo de la modernidad². Un aspecto fundamental de este desarrollo es la interpretación del sujeto en la que se apoya: un individuo portador de la Razón que controla y domina la realidad, e incluso el mismo devenir de la Historia, desde una posición de exterioridad. El modo de estar en el mundo de este sujeto se apoya un movimiento adentro/afuera de carácter reservado; un carácter que asegura la distancia necesaria para el dominio, escondiendo y rechazando la cercanía, los lazos, las conexiones que mantiene con aquello que somete. La imagen que le es propia es la de la (pos)colonia: territorio del que extrae múltiples beneficios, pero con el que niega cualquier tipo de relación de interdependencia y reciprocidad. En términos filosóficos, tiene lugar aquello a lo que Luce Irigaray se refiere como una represión primaria de la dependencia de lo material; represión que reproduce una especie de fantasía de autogénesis propiamente masculina³. Para que esta fantasía logre ser exitosa, se entrecruzan tres operaciones. De un lado, se homogeneiza y categoriza aquello que previamente se encuentra desorganizado, produciendo un ordenamiento funcional a un determinado régimen de poder, aunque este pueda consistir, como en la actualidad, en generar más desorden⁴. Por otro lado, dicha heterogeneidad es jerarquizada: se preconfiguran territorios, sujetos o recursos como susceptibles de ser dominados. En último lugar, se niega la interdependencia de la realidad a favor de nociones de autosuficiencia, resultado de la hegemonía de la filosofía racionalista (Descartes), que rechaza un materialismo distinto como el spinozista. En todos los casos, la diferencia debe ser sometida, eliminada, puesta, en definitiva, al servicio del poder.

El trabajo de la antropóloga Rita Laura Segato arroja mucha luz sobre el alcance de esta operación. Para empezar, insiste en que las nuevas formas de dominio deben ser leídas observando las articulaciones entre economía simbólica y monetaria. No basta, como han pretendido los análisis marxistas clásicos, analizar

¹ Este artículo es producto de la estancia posdoctoral (2014-2016) en el Colegio de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México como becaria del Programa de Becas Posdoctorales 2013 de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico.

² Existe un consenso cada vez más amplio en los análisis de la izquierda en hablar de crisis civilizatoria. Una compilación de textos clave al respecto es ORNELAS, Raúl (Coord.), *Crisis civilizatoria y superación del capitalismo*, UNAM, Instituto de Investigaciones Económicas, México, 2013.

³ IRIGARAY, Luce, *Este sexo que no es uno*, Akal, Madrid, 1982.

⁴ Esta parecería ser la forma que adquiere la violencia contemporánea, vinculada a un poder que ya no se caracteriza por generar un determinado orden, sino por la informalidad. La tesis es que la violencia contemporánea se nutre de la tendencia desestructurante de la vida social, entre otras cosas, exigiendo formas intensificadas de pertenencia identitarias como la inclusión en las bandas. SEGATO, Rita, *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*, Tinta Limón, Argentina, 2013.



exclusivamente la dimensión económica⁵. Según Segato, los crímenes contra las mujeres en Ciudad Juárez son ejemplares en este sentido. Estos actos, que llegan a ser de una crueldad inconcebible, son un ejercicio de soberanía cuyo objetivo es someter la voluntad del Otro. Más que conseguir algo —violencia instrumental— se trata de mandar un mensaje —violencia expresiva—. ¿Cuál es el mensaje que se está enviando? ¿Y cómo ligarlo al capitalismo? Para Segato, lo primero es saber qué entendemos por capitalismo: si se interpreta como un proceso de acumulación de beneficio no se logra más que afirmar de manera tautológica su naturaleza («la finalidad de la acumulación es la acumulación; la finalidad de la concentración es la concentración»). Para salir de esta circularidad, la finalidad del capitalismo hay que interpretarla también como la «producción de la diferencia mediante la reproducción y ampliación progresiva de la jerarquía hasta el punto del exterminio de algunos como expresión incontestable de su éxito»⁶. En otras palabras: existe una economía simbólica que jerarquiza la diferencia porque es la manera de expresar y mantener el poder. Esta reflexión sugiere que solo es posible detener la violencia —contra las mujeres y contra todos los sujetos que están siendo expulsados, decretados como desechos del capitalismo— si los fundamentos simbólicos que la sostienen son trastocados. Y el análisis de estos fundamentos nos acerca a la historia del género: al modo en el que determinados cuerpos diferenciados sexualmente han sido sometidos. Como explica Segato, en la historia del género se observa que la masculinidad está ligada a la obtención de una serie de tributos cuyo objetivo es confirmar la virilidad una y otra vez. Por su parte, las mujeres se encuentran con la obligación de otorgar dichos tributos; obligación impuesta a través de mecanismos sutiles, cotidianos e invisibles, pero también a través de la violencia más explícita y cruel⁷. La diferencia es entonces instrumentalizada para confirmar el poder de lo Mismo. Por eso, lo que está en juego no es solo la acumulación de beneficio, sino también una manera de pensar el mundo basada en la supremacía masculina y en todos los valores que la sostienen (explotación, control, ensimismamiento, sometimiento, individualismo, etc.). La crueldad de la violencia contemporánea insiste en el mensaje: la diferencia debe ser doblegada, victimizada, particularizada, en última instancia, feminizada. Y, en este sentido, no se trata solo de mujeres, sino de todos aquellos sujetos que amenazan en algún sentido la virilidad, la identidad de lo Mismo⁸.

⁵ La interrelación de las dimensiones económica y la sexual se hizo más evidente al analizar el trabajo femenino en el capitalismo. Al respecto, el intenso debate de las marxistas feministas en los setenta en España: PINEDA, Empar, OLIVAN, Montserrat y URÍA, Paloma, *Polémicas Feministas*, Revolución, Madrid, 1985.

⁶ SEGATO, Rita, *La escritura en el cuerpo. De las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*, Tinta Limón, Argentina, 2013, p. 43.

⁷ *Ibidem*, p. 24.

⁸ Los hombres asesinados también aparecen en ocasiones con los pantalones bajados, con signos de haber sido humillados, violentados sexualmente. Parecería que uno de los objetivos es feminizar a las víctimas a través de marcas que expresan la conquista de lo más íntimo.



De este punto de partida se desprende algo fundamental. Necesitamos instrumentos teóricos que iluminen las estructuras con las que la masculinidad y la femineidad son producidas y reproducidas. Si el capitalismo es una economía simbólica, las representaciones culturales del género no son asunto menor; al contrario, la construcción social del género es una pieza imprescindible en la organización de la realidad social y psíquica. Pero además, si pensar no consiste, como han sostenido Michel Foucault y Gilles Deleuze, en reproducir y representar la realidad, sino en cuestionar los marcos predefinidos que determinan modos de ser, y si las nuevas lógicas de dominio del capitalismo son también y principalmente maneras de significar la humanidad —desde las cualidades descritas: control, dominio, sometimiento de la diferencia, etc.—, es urgente un pensamiento crítico que permita redefinir el mismo sentido de lo humano. Es aquí donde la teoría feminista tiene mucho que aportar y es parada obligatoria, en la medida en que insiste en el conocimiento situado, las posiciones inacabadas y la ontología del cuerpo como alternativas al paradigma actual propio de la modernidad capitalista heteropatriarcal⁹. En palabras de la historiadora feminista Joan Scott:

Necesitamos teorías que nos permitan pensar en términos de pluralidades y diversidades, en lugar de unidades y universales. Necesitamos teorías que por lo menos rompan el esquema conceptual de esas viejas tradiciones filosóficas occidentales que han construido sistemática y repetidamente el mundo de manera jerárquica, en términos de universales masculinos y especificidades femeninas. Necesitamos teorías que nos permitan articular modos de pensamiento alternativos sobre el género (y por lo tanto, también maneras de actuar) que vayan más allá de simplemente revertir las viejas jerarquías o confirmarlas. Y necesitamos teoría que sea útil y relevante para la práctica política¹⁰.

2. EL GÉNERO COMO MATERIALIDAD MÚLTIPLE

Una de esas teorías que permiten romper con el esquema conceptual de las viejas tradiciones filosóficas a las que se refiere Scott es la teoría de género. En la segunda mitad del siglo xx, el debate en el interior del feminismo estuvo marcado por la disputa entre la postura de la diferencia sexual y la de las teóricas de la igualdad. En la primera, la diferencia sexual es una marca imborrable de la experiencia simbólica y material del cuerpo femenino¹¹. Es fundamental entonces

⁹ BOLÍVAR ECHEVERRÍA plantea el profundo vínculo entre modernidad y capitalismo en *Las ilusiones de la modernidad*, UNAM/El equilibrista, México, 1995. Sin embargo, Echeverría no analiza las relaciones con el heteropatriarcado.

¹⁰ SCOTT, Joan, «Igualdad versus diferencia: los usos de la teoría postestructuralista», *Debate Feminista*, México, 2001, pp. 217-238, p. 217.

¹¹ VV.AA., *La cultura patas arriba: Librería Mujeres de Milán*, Horas y Horas, Madrid, 2006.

crear una contracultura que incluya gramáticas femeninas propias¹², que permitan reconstruir las relaciones sociales y sexuales —revalorizando, por ejemplo, el vínculo entre mujeres—. Por otro lado, las teóricas de la igualdad, en línea con Simone de Beauvoir, enfatizaron el carácter construido del género. Desde esta hipótesis, adquirirá posteriormente sentido la idea de que el género pueda diluirse, ya que las cualidades femeninas se consideran adquiridas y no necesarias o determinadas por la biología. Pese a su distancia, ambas posiciones presuponen la homogeneidad de la identidad femenina, de modo que se oscurecen las diferencias: en el primer caso, por la condición biológica compartida; en el segundo, por la determinación social. Además, como explica Monique Wittig¹³, este esquema dificulta visualizar el papel de las relaciones sexuales en la producción del género al no cuestionar la heterosexualidad —fundada en la idea de complementariedad en la que se apoya la oposición binaria universal entre sexos—.

Según Donna Haraway, ni el feminismo de la diferencia ni el de la igualdad contaron con la suficiente inspiración para «historizar y revitalizar culturalmente las categorías ‘pasivas’ de sexo y de naturaleza»: los cuerpos sexuados, racializados, no se consideraron objeto de conocimiento; es decir, producto de interpretaciones sociales¹⁴. Para Haraway, esto no hace sino reproducir la dicotomía entre naturaleza y cultura. En un sentido similar, Judith Butler sostiene que los mecanismos por los que el sexo se considera una realidad prediscursiva, natural, deben ser interrogados¹⁵. La teoría de género surge desde la necesidad de indagar histórica y culturalmente los contenidos femenino y masculino. Joan Scott argumenta que el género se comprende mejor a la luz de las nociones foucaultianas de «lenguaje» y de «discurso»: las relaciones sociales se organizan según prácticas discursivas que, a su vez, son indisociables del poder, de las instituciones y de la distribución de los cuerpos. El discurso no es «un lenguaje ni un texto, sino [como] una estructura histórica, social e institucionalmente específica de enunciados, términos, categorías y creencias»¹⁶. Como sostiene Foucault (aquí, de mano de Nietzsche), los significados son resultado de la disputa entre diferentes fuerzas¹⁷. Al hilo de esta reflexión, el concepto de «género» desarrollado en las discusiones en la década de los noventa en el marco de la Teoría *Queer*, no debe ser entendido simplemente como una construcción social

¹² CIXOUS, Hélène y CLÉMENT, Catherine, *The newly born woman*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1985; Irigaray, Luce, *Yo, Tú, Nosotras*, Cátedra, Madrid, 1992.

¹³ WITTIG, Monique, *El pensamiento heterosexual y otros textos*, Egales, Madrid, 2006.

¹⁴ HARAWAY, Donna, *Ciencia, cyborg y mujeres, la reinención de la naturaleza*, Cátedra, Madrid, 1995, p. 227.

¹⁵ Dice Butler: «Esta división radical del sujeto con género plantea otra serie de problemas. ¿Podemos referirnos a un sexo ‘dado’ o a un género ‘dado’ sin investigar primero cómo se dan uno y otro y a través de qué medios? ¿Y qué es el ‘sexo’ a fin de cuentas? ¿Es natural, anatómico, cromosómico u hormonal, y cómo puede una crítica feminista valorar los discursos científicos que pretenden establecer tales ‘hechos’?». BUTLER, Judith, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Paidós, Barcelona, 2001, p. 39.

¹⁶ SCOTT, Joan, *op. cit.*, p. 217.

¹⁷ FOUCAULT, Michel, *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Pre-Textos, Valencia, 2000.





sobre un sujeto neutro, hay que afinar más: se trata de un conjunto de dispositivos que organizan la experiencia, incluyendo la sexualidad, el deseo y el comportamiento social; dispositivos que producen la exclusión de minorías sexuales, formas de vida disidentes, cuerpos que no se adaptan a las normas de género, etc. De este modo, si el género forma parte de la organización de la misma subjetividad, y es, además, un conjunto de dispositivos producido en las interpretaciones sociales, entonces, el sujeto no solo está comprometido con la política, sino que *es* totalmente político desde el inicio¹⁸.

En un artículo de 1987, titulado «La tecnología de género», Teresa de Lauretis realizó una contundente crítica al esquema de la diferencia sexual. Su argumento es doble: por una parte, los términos de la diferencia sexual fortalecen la oposición universal de los sexos¹⁹; por otra, no logran explicar la articulación entre sujeto y sociabilidad que excede la experiencia de la diferencia sexual: lo que somos abarca una compleja imbricación de categorías, no solo el sexo. Según Lauretis, asumir el marco de la diferencia sexual no solo impide comprender las diferencias entre mujeres, sino también las diferencias internas a cada mujer: «Las diferencias dentro del feminismo no son simples diferencias y divisiones, sino también, y con la misma importancia, diferencias y divisiones en la misma mujer; es decir, que surgen como efectos de diferencias y divisiones en la subjetividad de cada mujer»²⁰. A partir de esta reflexión, Lauretis propone entender el género como una tecnología, en alusión al trabajo de Foucault: el género sería la representación de una relación social que tiene efectos concretos sobre la vida. Las representaciones de género son producto de «varias tecnologías sociales, como el cine, y de discursos institucionales, epistemológicas y prácticas críticas, además de prácticas de vida cotidiana»²¹.

La crítica que hará pocos años después Judith Butler (1990) sigue una dirección muy parecida²². Para Butler, el esquema de la diferencia sexual se apoya en una ontología de género; es decir, en el presupuesto metafísico de que existe una propiedad innata, una esencia, que define la diferencia sexual. ¿Qué sería aquello que fuera de la historia se mantiene intacto para producir un binarismo universal de sexo? Butler piensa que la estabilidad de las categorías femenino y masculino se logra alejando fantasmas de discontinuidad en el orden del género: la homosexualidad sería el principal. ¿Hasta qué punto el feminismo ha dado por sentada la existencia de un sexo verdadero, un género diferenciado y una sexualidad específica? La performatividad sería una manera de comprender el género sin presuponer un yo o un *eidós* anterior a las prácticas sociales. Según Butler, es la reiteración de normas —con sus prohibiciones, prácticas culturales, presupuestos, etc.— lo que

¹⁸ BUTLER, Judith y SCOTT, Joan (eds), *Feminist theorize the political*, Routledge, New York, London, 1992, p. 13.

¹⁹ LAURETIS, Teresa (2000), *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*, Horas y horas, Madrid, 2000, p. 34.

²⁰ *Ibidem*, p. 72.

²¹ *Ibidem*, p. 35.

²² BUTLER, Judith, *op. cit.*, 2001.

genera la apariencia de una identidad estable. Por eso, «los géneros no pueden ser ni verdaderos ni falsos, sino que solo se producen como los efectos de verdad de un discurso de identidad primaria y estable»²³. El género no es una sustancia, sino un proceso que logra fijar identidades. No es una categoría unívoca, sino múltiple; no uniforme, sino heterogénea; no inamovible, sino dinámica. De este modo, su contenido no debe tomarse como un universal, pues lo universal siempre se produce a partir de una serie de exclusiones —aquellos otros situados en los márgenes: transsexuales, mujeres, personas de color, musulmanes, etc.—. Cuando el género vuelve invisibles sus concreciones históricas diversificadas, puede acabar convertido en un trascendental que opaca la singularidad de los cuerpos²⁴.

La crítica de Butler es parte de un proceso de desontologización con el que, entre otras cosas, se visibilizan cuerpos que desbordan el contenido naturalizado de la categoría Mujer. Como afirma Scott, «al insistir en las diferencias fijas [...], las feministas contribuyen al tipo de pensamiento al que tratan de oponerse». Por ello, la diferencia sexual no puede ser punto de partida. La diferencia sexual es, en todo caso, la pregunta, el asunto a interrogar, el motor de investigación para las feministas:

La diferencia sexual no es un hecho dado, no es una premisa, no es una base sobre la cual se pueda construir el feminismo; no es aquello con lo que ya nos hemos encontrado y que llegamos a conocer; más bien es la cuestión que provoca la investigación feminista, es algo que no puede ser del todo expuesto, que desestructura la gramática de la afirmación y que persiste, de forma más o menos permanente, como algo a lo que interrogar²⁵.

Retomemos las advertencias que se desprenden de estas líneas. Necesitamos teorías de la sexualidad que no reproduzcan la dicotomía entre naturaleza y cultura, pensar en términos de multiplicidad y no de unidad, hacerlo de manera situada y no abstracta, así como no generar nuevas totalizaciones apoyadas en universales que son fuente de opresión. Estas advertencias no son solo para los feminismos. Cualquier esfuerzo transformador debe considerar que el proceso de subjetivación se produce en el interior de relaciones de poder y de normas de género. La subjetividad aparece entonces enraizada en el cuerpo; enraizamiento clave al considerar, con Judith Butler, que uno de los problemas contemporáneos es entender los marcos que permiten que unos cuerpos sean considerados humanos mientras otros no²⁶. Saberlos no para describir y reafirmar dichos marcos, sino para ensancharlos y transformarlos.

²³ *Ibidem*, p. 168.

²⁴ «Al insistir en las diferencias fijas [...], las feministas contribuyen al tipo de pensamiento al que tratan de oponerse». SCOTT, Joan, «El género, una categoría útil para el análisis histórico», en LAMAS, Marta (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, UNAM-PUEG, México, 1996, pp. 265-302.

²⁵ BUTLER, Judith, *Des hacer el género*, Paidós, Barcelona, 2006, pp. 252-253.

²⁶ En el fondo, se disputa una concepción ontológica de «vida»: «¿Qué es una vida? El 'ser' de la vida está constituido por unos medios selectivos, por lo que no podemos referirnos a este 'ser' fuera de las operaciones de poder, sino que debemos hacer más precisos los mecanismos específicos



3. ¿DESPOLITIZACIÓN DEL FEMINISMO?

Una de las críticas recurrentes al concepto de «género» es su supuesta contribución a despolitizar el feminismo. Tanto esta crítica como la respuesta pueden extrapolarse a los debates políticos contemporáneos sobre cómo pensar la transformación sin un sujeto que la prefigure. Rosi Braidotti sostiene que «género» ha sido una palabra cómoda para el feminismo de Estado y para la academia, en la medida en que inhibe el conflicto sexual y no se refiere de manera explícita a las desigualdades entre hombres y mujeres. Este sería uno de los motivos por los que los estudios de la mujer fueron paulatinamente sustituidos por los de género. Para Braidotti, el concepto de «género» desplaza los aspectos corporales implícitos en la diferencia sexual, vinculándose exclusivamente con los discursivos. Este desapego de lo material es la operación que, dice Braidotti, se produjo en los departamentos de estudios culturales de las universidades de EE.UU. Frente a ello, Braidotti reivindica retomar el concepto de diferencia sexual para recuperar el cuerpo, aunque desde una perspectiva no unívoca. Sin embargo, pese a los esfuerzos para enmarcarla en un pensamiento de lo múltiple, de un feminismo posmoderno (en el mejor sentido de la palabra: como problematización de los fundamentos de la metafísica occidental), esta posición presenta algunos problemas.

En una discusión entre Rosi Braidotti y Judith Butler, esta última planteaba lo siguiente: si la diferencia sexual es interpretada como una diferencia constitutiva más fundamental que otras en la vida social, ¿significa esto que la diferencia sexual tiene prioridad sobre otras diferencias?, ¿es más importante la división sexual del trabajo que la división internacional o racial del trabajo?, ¿y tiene, entonces, el feminismo mayor poder explicativo que otros movimientos sociales?²⁷. Aunque Braidotti propone un «sujeto» constituido por diferencias y contradicciones, resultado inconcluso de un proceso en permanente devenir —producto de su relectura de Luce Irigaray y Gilles Deleuze—, no explica por qué las mujeres darían prioridad a la diferencia sexual antes que a otros aspectos de su vida —la etnia o la clase—, y si esto es válido para todas las mujeres o solo en el caso de grupos para los que otras diferencias no son realmente significativas (con lo que se reproduciría una posición de clase con ciertos privilegios). En definitiva, no está claro cómo pensar la multiplicidad partiendo del reconocimiento de una posición simbólica femenina común *a priori*.

¿Cómo enfrentar entonces la crítica de Braidotti acerca de la despolitización del feminismo? ¿Cómo conciliar las implicaciones de la deconstrucción del sujeto con las exigencias para la resistencia que impone la lógica de poder descrita más arriba? A la insistencia posmoderna en los discursos, la contingencia de los significantes o

del poder a través de los cuales se produce la vida». BUTLER, Judith, *Marcos de guerra, las vidas no lloradas*, Espasa Libros, Madrid, 2010, p. 14.

²⁷ BUTLER, Judith y BRAIDOTTI, Rosi, «El feminismo con cualquier otro nombre. Judith Butler entrevista a Rosi Braidotti», en BRAIDOTTI, Rosi, *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*, Gedisa, Barcelona, 2004, pp. 271-287.



la crítica a los universales, se oponen dos objeciones: olvidar los cuerpos reales, la violencia que se ejerce contra ellos, y poner trabas a la acción política. Lo primero sería producto del énfasis en lo discursivo; lo segundo de la dispersión efectuada por la ausencia de narrativas aglutinantes. Si para la primera objeción el discurso se encuentra desligado de la materia, para la segunda, la política es impensable sin un fundamento político fuerte.

4. DISCURSO, MATERIALIDAD Y NUEVAS SUBJETIVIDADES

La escisión entre lo discursivo y lo material fue cuestionada por la teoría post-estructuralista con el objetivo de desnaturalizar la relación entre ambas dimensiones. En las *Las palabras y las cosas*, Foucault²⁸ no pretendía privilegiar las palabras sobre las cosas, promoviendo un nuevo giro discursivo, sino investigar el significado de la «y» que une los términos; se pregunta cómo esta «y» los une como si se tratase de una relación necesaria, no contingente. La pregunta es ¿cómo se relacionan lo visible con lo enunciable? ¿Cómo lo que vemos de una manera aparentemente objetiva está determinado por los marcos culturales de los que disponemos? ¿Cuáles son los efectos de los discursos en producir zonas de visibilidad y zonas de oscuridad? Los efectos de estos regímenes de visibilidad son absolutamente materiales: determinan qué cuerpos son reconocidos como legítimos, portadores de ciudadanía o de humanidad, y cuáles son situados en una escala inferior o directamente invisible²⁹. Esta diferenciación en el registro de lo humanamente concebible se traduce en términos de derechos. En el caso de la violencia contra las mujeres, ¿qué discursos operan para que determinados cuerpos sean considerados susceptibles de violencia: cuerpo agredible, humillable, desposeído de sí? ¿Cómo las instituciones producen y reproducen dichos discursos? En este punto puede entenderse mejor la conexión que mencionamos más arriba a partir del trabajo de Rita Laura Segato: la violencia contra las mujeres solo es comprensible en un régimen para el que es necesario someter la diferencia encarnada por cuerpos previamente feminizados.

Aunque las defensoras de la materialidad estén convencidas de que allí se encuentra el origen de una política más certera, sucede lo contrario. Como afirma Judith Butler, en la medida en que se asume la existencia de significantes no inscritos en los procesos de significación —el sexo, el cuerpo, la mujer—, resulta imposible transformarlos, pues se vuelven inamovibles. Dicho de otra manera: el peso que adquieren las categorías al entenderlas como sustancias separadas de los efectos discursivos impide abrirlas como lugares de disputa política. En este sentido, la crítica a las formas del sujeto en tanto identidad fija, lejos de precipitar, como se ha creído,

²⁸ FOUCAULT, Michel, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Siglo Veintiuno, Madrid, 2006.

²⁹ Esta diferenciación puede apreciarse nítidamente en la crisis de los refugiados sirios a la que se enfrenta Europa.



la despoliticación del feminismo, conlleva una posibilidad mayor de resistencia (en tanto el origen de la opresión no se coloca fuera de las dinámicas sociales, sino en su interior, y, por tanto, se hace posible intervenir en ellas):

Paradójicamente, puede ser que sólo liberando a la categoría de mujeres de un referente fijo es que algo como la «agencia» se hace posible. Porque si el término permite una resignificación, si su referente no está fijo, entonces las posibilidades de nuevas configuraciones del término se hacen posibles. En cierto sentido, lo que las mujeres significan se ha dado por hecho durante demasiado tiempo, y lo que ha sido fijado como el «referente» del término ha sido «fijado», normalizado, inmovilizado y paralizado en posiciones de subordinación. En efecto, lo significado ha sido mezclado con lo referente, y de ahí que un conjunto de significados hayan sido tomados como inherentes en la naturaleza real de las mujeres mismas. Reconfigurar el referente como lo significado, y autorizar o salvaguardar la categoría de las mujeres como un sitio de posibles resignificaciones, es expandir las posibilidades de lo que significa ser mujer, y en este sentido condicionar y posibilitar un sentido de agencia más amplio³⁰.

Por otro lado, en relación con la supuesta imposibilidad de sostener la acción política sin un fundamento o un sujeto fuerte se ha argumentado que con la fragmentación del sujeto se fragmentan las luchas. En el año 2000, Judith Butler publicó un artículo titulado «El marxismo y lo meramente cultural»³¹, en el que afrontaba las acusaciones a las reivindicaciones culturales de dividir a la izquierda y de abandonar el proyecto materialista marxista, ignorando las cuestiones de equidad y reconocimiento —como criticaría Nancy Fraser en la misma revista³²—. La respuesta de Butler retoma los planteamientos de las feministas socialistas que en los setenta plantearon que los modos de producción siempre están asociados a formas de cooperación social (familiares, sexuales, etc.). Es decir, existen articulaciones ineludibles entre lo cultural y la producción mercantil: ¿puede el neoliberalismo pensarse sin los modos de vida que lo sostienen? ¿Puede concebirse el capitalismo sin un determinado régimen sexual que produce y jerarquiza la diferencia? ¿Qué fuerzas no solo racionales, sino también afectivas o deseantes, sostienen el entramado socioeconómico?

Ahora bien, una vez que aparece el problema de lo cultural, ciertamente, emergen diversos sujetos (no solo el proletariado oprimido por el conflicto de clase, sino colectivos que expresan disputas sexuales, raciales o de otro tipo). El espacio político deja de ser concebido en términos de unidad. ¿Qué efectos producen estas

³⁰ BUTLER, Judith, «Contingents Foundations. Feminism and the Cuestión de 'Posmodernism'», en SCOTT, Joan y BUTLER, Judith (eds.), *Feminist theorize the political*, Routledge, New York, London, 1992, pp. 3-21, p. 16.

³¹ BUTLER, Judith, «El marxismo y lo meramente cultural», *New Left Review*, núm. 2, Mayo-Junio, pp. 109-121.

³² FRASER, Nancy (2000), «Heterosexismo, falta de reconocimiento y capitalismo: una respuesta a Judith Butler», *New Left Review*, núm. 2, pp. 123-134.



irrupciones? No hay que olvidar que el esfuerzo teórico por repensar la política de manera más inclusiva o amplia surge de preocupaciones no tanto teóricas como de las mismas luchas. La literatura feminista inundó los debates de los feminismos hegemónicos desde los ochenta en EE.UU. con las publicaciones de las feministas de color que demandaban un lugar propio³³; las críticas *queer* emergen desde la necesidad de pensar con otros paradigmas la diversidad sexual y corporal; las propuestas del feminismo decolonial en Latinoamérica nacen desde la necesidad imperiosa de desplazar los relatos importados del Norte global³⁴; o los debates impulsados por las lesbianas feministas en España, que expresan la urgencia de pensarse a sí mismas en el interior del movimiento feminista, así como las propuestas transfeministas posteriores, producto de una reflexión encarnada al calor de la incorporación de personas transgénero y transexuales a los movimientos feministas³⁵. La pregunta que se dispara en este marco de reflexiones es ¿cómo hacer con un sujeto que ya no es Uno?

5. POLÍTICAS EN SITUACIÓN, POLÍTICAS DE LO COMÚN

De lo anterior puede extraerse una consecuencia: los procesos de transformación no pueden fundarse en un sujeto anterior a la situación en la que adquiere sentido. Eso significaría volver a dotarlo de una identidad previa a las prácticas en las que se constituye. Pero esto no niega la posibilidad de inventar o imaginar figuraciones políticas no previstas en el interior de las situaciones porque no agotan en sí ni determinan todas las posibilidades. Una situación no solo es resultado de describir la realidad (por ejemplo, la ausencia de derechos de un colectivo), sino también de la manera en la que se problematiza la realidad (como cuando un grupo nombra un problema nuevo). Pero además, en una situación habitan diferentes planos que se interconectan entre sí: la organización social, las estructuras económicas, los órdenes simbólicos, los códigos culturales, las fuerzas deseantes, la vida íntima, las memorias de catástrofes y violencias impregnadas en el cuerpo colectivo. Estos distintos planos multiplican las posibilidades de ser en el interior de una situación. Si tenemos en cuenta estos dos aspectos (problematización y multiplicidad), puede comprenderse mejor que la acción política feminista no se vea anulada con el cuestionamiento de la categoría Mujer. Lo que sucede es que su significado adquiere sentido solo en

³³ DAVIS, Angela, *Mujeres, Raza y Clase*, Akal, Madrid, 2004; HULL, Gloria, SCOTT, Patricia y SMITH, Barbara (eds.), *All the Women are White, All the Blacks are Men, But Some of Us Are Brave*, The Feminist Press, New York, 1982; MORAGA, Cherrie y ANZALDÚA, Gloria (eds.), *This Bridge Called my Back: Writings by Radical Women of Color*, Third Woman Press, Berkeley, 1989.

³⁴ LUGONES, María, «Hacia un feminismo decolonial», *La manzana de la discordia*, julio-diciembre, vol. 6, núm. 2, 2011, pp. 105-119; YUDERKIS, Espinosa, «Una crítica descolonial a la epistemología feminista crítica», *El Cotidiano*, núm. 184, marzo-abril, 2014; y MILLÁN, Mátgara (coord.) (2014), *Más allá del feminismo: caminos para andar*, Red de Feminismos Descoloniales, México, 2014.

³⁵ SOLÁ, Miriam y URKO, Elena (comp.), *Transfeminismos. Epistemes, fricciones y flujos*, Txalaparta, Nafarroa, 2013.



el interior de las situaciones que habitamos: la trascendencia y exterioridad son sustituidas por la inmanencia y la cercanía.

Aquí, se produce un cambio de paradigma que afecta a la práctica política: la unidad preconstituida y la construcción de organizaciones totalizantes son desplazadas por la apertura de procesos que permitan producir conexiones y nombrar situaciones comunes. Para los feminismos decoloniales, esto ha significado caminar desde el reconocimiento de distintas identidades hacia una realidad de fusión de categorías en las que reconocer lo común³⁶. Desde este paradigma, determinar con anterioridad el fin último de la acción resulta imposible. Los intereses del feminismo no son los de un sujeto preconcebido que ignora las articulaciones complejas, dispares e inciertas en las que se forma. Partir de situaciones múltiples y no de identidades obliga a renunciar a la universalidad y a reconocer, como ha señalado la crítica feminista, la ubicación epistemológica: desde dónde se habla y actúa. Este reconocimiento, en lugar de ser un límite de acceso a la verdad, es garantía frente a posiciones esencialistas y totalizantes³⁷. Un peligro al realizar esta crítica a las posiciones universales preconcebidas es caer en una suerte de relativismo. Si la cadena de significantes no puede ser cerrada (como enseñó el postestructuralismo en su crítica al cierre que daba Saussure a la heterogeneidad entre significado y significante) porque automáticamente se produciría una exclusión, la acción política puede verse comprometida: no es posible realizar demandas con vocación universal, los objetivos concretos son inadecuados porque iluminan en exceso un aspecto en lugar de otro, etc. ¿Cómo escapar de este dilema de la significación: un significante remite a otro ilimitadamente sin que pueda circunscribirse el conjunto si no es operando algún tipo de violencia sobre el mismo? ¿Cómo es que, según sostiene Butler, «la deconstrucción de la identidad no es la deconstrucción de la política»?³⁸. Las identidades no solo deben nombrarse o reconocerse, sino comprenderse desde la óptica de la situación en la que se forman, como el entramado que las excede y las disloca. En este sentido, la situación constituye en sí misma el límite de la significación: es una manera de cerrar el conjunto discursivo que funciona como frontera, pues es el lugar en el que se constituyen las identidades —una época, un contexto, un problema, un ambiente, un lenguaje—. Al mismo tiempo, la situación es esencialmente inacabada, en la medida en que no es una sustancia, pues se actualiza al realizarse en las prácticas en las que se inscribe. Hay universales, pero no preconcebidos, sino en disputa. Hay universales, pero no abstractos, sino, como puede pensarse desde Hegel, concretos.

Mirar *desde* las situaciones, en su apertura y concreción, permite reconocer la red de materialidades y significaciones que producen y reproducen la vida. Y es aquí donde la política de la identidad (en la que sin fundamento fuerte no habría posibilidad alguna de acción política) es desplazada hacia una política de lo

³⁶ LUGONES, María, «Colonialidad y Género», *Tabula Rasa*, núm. 9, julio-diciembre, Bogotá-Colombia, 2008, pp. 73-101, p. 90.

³⁷ HARAWAY, Donna, *op. cit.*

³⁸ BUTLER, Judith, *op.cit.*, 2001, p. 179.



común; una concepción materialista que no separa, como enseñó Spinoza, ideas de cuerpos; una política, por tanto, que va más allá del sujeto, de la conciencia, del individuo. La política de lo común se apoya en una ontología en la que cada cosa es parte de un campo de fuerzas más amplio, no átomos aislados. Reconocer estas fuerzas y su materialidad es un prerrequisito de comprensión de los resortes, a veces imperceptibles y microscópicos, que posibilitan la vida. A partir de esta microfísica de la realidad, lo común se comprende no solo como articulación de diferencias, sino como interdependencia, aquello que siempre se desenvuelve *entre* la experiencia social. Si tomamos en serio esto, una política transformadora no puede consistir solo en sumar diferencias (transexuales, mujeres blancas, migrantes, lesbianas, etc.). Si, como veíamos con Rita Segato, la violencia contemporánea no tiene como objetivo solo la acumulación, sino también la producción y dominio de diferencias, el desafío es entonces recuperar territorios, imaginarios y lenguajes comunes desde los que prefigurar problemas y resistencias. El desafío es cuestionar la lógica del individualismo masculinizado, el proyecto existencial sobre el que se sostiene el capitalismo contemporáneo.

El pensamiento feminista contemporáneo es un punto de partida privilegiado ante este desafío de reconstruir la vida común: crítica del sujeto moderno, teoría de género, materialismo, análisis de la economía simbólica y sexual del capital, redefinición de los conceptos de «vida» y «humanidad», ontología de los cuerpos e interdependencia... La filosofía feminista nos enseña que un pensamiento y una acción política atravesadas por las diferencias no implican renunciar a afirmar, cuestionar o imaginar alternativas, sino que invitan a hacerlo de otro modo.

Recibido: julio 2017

Aceptado: noviembre 2017



